

Reseñas

Reviews

TRAPANESE, Elena: *Memoria e entrañamiento. La parola in María Zambrano*. Prefazione di José Luis Mora García. S. Maria Capua Vetere, Associazione Ipermedium libri, 2010, 152 páginas.

Este interesante y estimulante escrito, cuyo espíritu profundamente zambraniano se haría incontestable en vista del amor a la palabra (de la pensadora malagueña) que late en todas sus páginas, constituye un brillante testimonio más del auténtico entusiasmo que la obra de María Zambrano viene suscitando entre los estudiosos y filósofos italianos. Un entusiasmo que se pone de manifiesto también entre los jóvenes de ese país que se están iniciando en la reflexión filosófica y que además sienten un profundo interés por la cultura española. Es el caso de Elena Trapanese, en la actualidad investigadora en la Universidad Autónoma de Madrid en el círculo de trabajo del profesor José Luis Mora. Ella misma es perfectamente consciente, por lo demás, de cuáles fueron en su caso las razones que le llevaron a sentirse fascinada por la letra y el espíritu de nuestra pensadora.

Se trata de un libro que bien pudiera suponer una espléndida introducción a su pensamiento, al significado y a la importancia de la razón poética, para todo aquel que desee aproximarse o *necesite* acercarse a las claves de ese particular universo en el que la poesía se despliega como conocimiento riguroso. Una aproximación que además y a la vez nos va a permitir reconocer los perfiles esenciales del pensamiento occidental en cuanto razón identificativa que trabaja operando violentamente la unidad de identidad hecha posible por la luz solar mediterránea cayendo inmisericorde sobre el mundo a la hora del mediodía: *nada en la sombra*, sería el ideal.

Es sin duda un gran acierto didáctico abrir la obra con una personal interpretación que se permite mostrarnos la originación de la razón poética a partir de la que Trapanese denomina la “razón trágica” unamuniana y la razón vital de Ortega, en tanto hecha posible aquella por estas sus dos antecesoras, por consiguiente, pero justamente como superación de las insuficiencias de ambas. Aquello que se pretende rescatar entonces de su silencio inmemorial, las entrañas, las vísceras decía Unamuno, que es lo mismo que en definitiva se pretende hacer entrar en razón de ese peculiar modo que es el poético, se contemplaría en este libro como la parte interna de las circunstancias que decía Ortega. Y de Ortega a Zambrano. Esto es, salvar las circunstancias se convierte así en llevar las entrañas al logos, a ese *logos oscu-*

ro con el que nos familiariza Jesús Moreno Sanz en su última gran obra. Nos salvamos nosotros mismos dándole la palabra al sentir originario; y de esta manera habríamos esquivado la violencia constitutiva, la voluntad de poder de una Modernidad de la que la cultura española se libró con su peculiar sabiduría cordial que, a diferencia de lo que hace el “conocimiento”, no *reduce* las cosas sino que se limita a “visitarlas”, respetuosa, enamoradamente. Son los ecos de San Juan de la Cruz, por supuesto.

Pero las aportaciones de la obra no habrían hecho con esto más que empezar. Con la discusión de las características distintivas del *lenguaje metafórico*—una discusión informada, seria, rigurosa dentro de su sencillez y brevedad (no en vano la formación filosófica de Elena Trapanese tuvo lugar en la *Sapienza* romana sobre todo en el campo de la filosofía del lenguaje pero en la tradición hermenéutica)—accedería el lector a lo que podríamos denominar el secreto “técnico” de la razón poética una vez desmontado el mecanismo de identificación definidor de la razón discursiva. Ese “saber de más” propiciado por la metáfora, y que haríamos muy bien en reconocer en un proceso de absolutización que lleva de Aristóteles a Nietzsche, es el que justamente se hace capaz de liberar el sentir originario al conciliar, nos dice Elena, la claridad que siempre pretenderá la filosofía con la oscuridad de penumbra propia de la inmersión del poeta en lo no revelable del misterio de la vida. Lo que se subraya aquí, naturalmente, en la línea sobre todo de Ricoeur, pero también aludiendo al libro de Chantal Maillard, y antes a las reflexiones orteguianas sobre el tema, es la función cognoscitiva de la metáfora. Como nos recordaba Eco estudiando la *Retórica* de Aristóteles, el conocimiento metafórico es conocimiento del dinamismo de lo real.

Lo que ocurre, claro, es que no se puede aprender a metaforizar, no se puede enseñar a nadie a escribir poemas. Sería algo así como pretender enseñar a un pino a segregar lentamente su resina, esa imagen que para José Ángel Valente se aproxima tanto a la esencia del escribir (poemas). Y es importante la declaración de Trapanese según la cual en la Poética de Valente encontraríamos la misma actitud esencial de la razón poética zambraniana. Se trata en suma de concebir la poesía como conocimiento estricto, como un conocimiento capaz de “rendir cuentas de todo aquello que de particular, único e irreplicable se halla presente en el darse de la experiencia” (p. 69). Incorporar a los “semiseres” de este modo, en definitiva, en vez de excluirlos hundiéndolos en la nada en la que no obstante seguirán oyéndose sus lamentos.

Detectamos en todo esto una especie de parentesco de fondo con una de las múltiples y a menudo contradictorias líneas nietzscheanas, algo que incluso podemos ver aflorar también en la práctica filosófica tan peculiar pero sobre todo en las entradas de los diarios de Wittgenstein: la denuncia de la filosofía convencional como el errado y a la vez “sacrilego” ensayo de aniquilar el misterio, de exterminar toda opacidad, reduciendo toda ambigüedad, denunciando de inmediato todo delirio al psiquiatra. *¡No quieras arrebatarme a la existencia su carácter enigmático!*, gritaba Nietzsche exasperado. Pero no es exactamente que esa actitud quirúrgica del filósofo tradicional y sobre todo moderno sea denostada por inconveniente porque a lo peor nos arrebataría la esperanza, la ilusión, la belleza; no es eso, es que resultaría una actitud imposible de traducir en acción, por incoherente e incompatible con la realidad. De todos modos no me resisto en este punto a dejar caer un pequeño reparo sobre el libro de Elena Trapanese, por cuanto la figura del filósofo queda sumariamente despachada en sus páginas con una contundencia y una univocidad que sin duda no encontramos en

absoluto en la obra de Zambrano. Esto es algo que por lo demás se puede observar en bastantes estudios: aprovechar el tema de la razón poética para en el fondo no hacer otra cosa que tirar piedras contra “la filosofía”, como si este sustantivo designara una realidad de una sola pieza. Cuando lo que se podría ver en cambio en la razón poética es un paso más, tal vez decisivo, en la aspiración milenaria del pensamiento filosófico. Como decía Hegel, no seguir ya buscando la sabiduría sino tenerla, o más bien ejercerla como visitación enamorada a las cosas del mundo.

La misma Trapanese, es cierto, nos pasea por *Delirio y destino* recordándonos que, para Zambrano, por mucho que haya que lamentar que la filosofía priva al hombre de sus delirios con la extraña pretensión de hacerlo transparente a sí mismo (¡qué magnífica pretensión!, diríamos nosotros, ¡pero justamente porque persistimos en el delirio y nunca salimos de él!), nunca hay que olvidar que la filosofía se nutre del “originario estupor delirante”. Sin Dionisos Apolo no tendría ningún sentido, ya lo sabemos de sobra. Llevar el delirio a la razón sería el cometido, precisamente, de la razón poética. Lo que necesitamos para filosofar, para hacerlo verdaderamente, no es sino fomentar la circulación del delirio, como aquella ebriedad báquica a propósito de la cual Hegel nos hablaba justamente de la verdad. Por eso se filosofa tan de verdad en el género literario de las confesiones, porque en ellas se trataría de la venida a la palabra de un puro *esfuerzo de ser* todavía no coagulado o cristalizado en triste (definitiva) identidad personal. Si el filósofo es el humano que ya no se lamenta más, sino que en lugar de eso busca y aun exige razones, también puede ser porque el delirio que le es más propio y que pretende llevar a razón como mejor puede es su orgullo delirante frente a Dios o los dioses. El delirio del superhombre que hace pensar tanto a María Zambrano, por ejemplo.

A revelarnos la importancia y la riqueza de los temas de la piedad y del exilio en el pensamiento de María Zambrano se aplica para finalizar la bella reflexión de Elena Trapanese. Y yo apostaría a que nadie que todavía no se haya sumergido en la escritura de la pensadora malagueña podrá dejar de buscar su encuentro después de leer estas páginas. El sentir como la relación primaria del hombre con el mundo, y la piedad como matriz de todo sentimiento. Piedad que consistiría, según Vitiello comentando a Zambrano, en saber tratar con el misterio sin pretender explicarlo pero sí custodiarlo o conocerlo. Esta pasividad originaria del sentir, cuya matriz es la piedad, la habría descubierto el pensamiento zambraniano como radical habitar humano en el mundo, y lo habría hecho precisamente en la experiencia del exilio, asumido como destino último de su propia vida.

Leer el claro y sencillo libro de Elena Trapanese es encontrar la rara oportunidad de que la filosofía y el placer vengan a identificarse, como por otra parte sabíamos que ocurre con los textos de su María Zambrano.

Mariano RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

PUELLES ROMERO, Luis. *Mirar al que mira. Teoría estética y sujeto espectador*, Abada Editores, Madrid, 340 pp.

La meditación de Luis Puelles Romero en el campo de la ontología artística tiene tras de sí un largo recorrido, recalando en enclaves tan diversos como la imaginación bachelor-